

LA EXPERIENCIA HUMANA

La verdadera experiencia humana: experiencias clave

Hablamos de experiencia. Muchas veces la identificamos con todo aquello que hemos vivido: *vivencia*. Sin embargo, la experiencia humana es más que una vivencia. Fundamentalmente, es *esa relación que de manera consciente y reflexionada hemos vivido con un hecho o con una persona*. Es una relación que nos ha implicado y hasta transformado interiormente de alguna forma.

Las experiencias profundas del ser humano pueden ser muy diversas:

- Experiencias de amistad, de amor, de perdón y de sentirse perdonados.
- Experiencias de haber sido útil en situaciones concretas.
- Experiencias de libertad, de convivencia, de pertenecer a un pueblo, de búsqueda de identidad.
- Experiencias de dolor y sufrimiento...

Todas ellas son experiencias clave en una persona, porque responden a las necesidades vitales del ser humano. *Son las experiencias nucleares o experiencias vitales profundas*.

Diversos niveles de experiencias nucleares

Naturalmente, dentro de estas experiencias nucleares se dan niveles diferentes: hay unas experiencias que son más profundas que otras. No todas nos implican de la misma manera. Es evidente que las experiencias vitales profundas *inciden* e incluso *moldean* nuestra personalidad:

- Todos cambiamos sensiblemente cuando entramos en la dinámica de una relación amorosa.
- La experiencia de sentirse útil y fecundo es causa de superación en muchas situaciones de depresión.
- El dolor, la enfermedad, la pérdida de un ser querido..., frecuentemente hunden y agrian el carácter, o purifican y humanizan a quienes lo padecen...

Experiencias nucleares y buena noticia

No es fácil dar con una persona que haya vivido o esté viviendo, con una cierta plenitud, todas sus experiencias nucleares. Frecuentemente se da en nosotros una fragmentación de experiencias. Somos ricos en unas y pobres en otras. Precisamente en esa armonía vivencial de todas ellas reside el secreto de la plenitud humana. Erich Fromm habla de cinco grandes necesidades vitales a las que todos tratamos de responder:

1. *Sentirse querido...*
2. *Ser valorado o sentirse útil, fecundo*
3. *Ser uno mismo, lograr su identidad*
4. *Tener un sentido en la vida*
5. *En definitiva, sentirse seguro en la vida*

Satisfacer estas necesidades vitales, todas ellas armónicamente, constituye la aspiración primera del ser humano. Toda oferta que responda satisfactoriamente a estas aspiraciones será recibida como buena noticia.

Experiencia humana y sabiduría

En ámbitos populares suele decirse a menudo: *“Este sabe mucho, pero no tiene experiencia”*. Es la experiencia reflexionada y de la que uno ha sabido sacar conclusiones lúcidas, lo que da a uno la *sabiduría*.

El sabio es quien ha saboreado la vida, quien se ha curtido en estas experiencias nucleares, les ha sacado gusto. Sabiduría viene de saborear.

Uno puede tener una gran capacidad discursiva, haber hecho un gran acopio de conocimientos y, sin embargo, ser muy pobre en estas experiencias nucleares.

Conocer por experiencia personal

“Yo sé lo que es eso, porque he pasado por ello”. Así solemos hablar, cuando queremos afirmar que conocemos algo por experiencia. Desde esta perspectiva consideramos experto a quien conoce alguna parcela de realidad no simplemente de oídas, sino porque ha estado presente, ha vivido, padecido y actuado en ella. Un ejemplo: aceptaremos con facilidad que, aunque nos hubiéramos estudiado todos los tratados que se han escrito sobre la maternidad, nuestros conocimientos acerca de ella serían mucho más raquíticos, si jamás hubiéramos convivido con una madre o un padre o, si en primera persona hemos vivido la experiencia de ser madre o padre.

La experiencia, entonces, es fuente de conocimiento. Pero... ¿de qué conocimiento hablamos? De un conocimiento vivencial y acumulado por contacto prolongado con una situación, una realidad o una persona que facilita una cierta familiaridad y connaturalidad con ellos. Hoy, las ciencias humanas nos dicen que una persona conoce de verdad aquello que ha experimentado. Un famoso psicólogo, Karl Rogers, decía ya hace muchos años:

“He llegado a creer que los únicos conocimientos que pueden influir en el comportamiento de un individuo son aquellos que él mismo ha descubierto y los ha hecho suyos”.

Por eso resulta tan difícil hacer nacer en otros una actitud, un valor, que para uno mismo es estimable, a no ser que ellos hayan tenido en sus vidas una experiencia similar. Esto tiene una gran importancia para la transmisión de la fe. Es fundamental la experiencia personal: llegar a conocer a Cristo por haber experimentado el encuentro personal con El; experimentar su cercanía y su presencia a través del encuentro con los hermanos, en la oración y en la celebración, en las circunstancias varias de la vida, en las que podemos ir captando su “estar” si aprendemos a mirar la realidad desde los “ojos de la fe”.